NUM. 28.

No me Olvides;

PERIÓDICO

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

12 *de noviembre de* 1837.

El cuarto de dormir de una jóven y bella casada.

El cuarto en que duerme CLEMENTINA es un lugar sagrado. Solo tienen entrada en él, ella, su marido y su doncella. Grandes son en verdad las prerogativas de la riqueza, pero ninguna es mas digna de envidia que la que permite desenvolver los sentimientos del alma en toda su estension; las que los hacen fructificar realizando sus mil caprichos; las que los rodean de ese brillo que los engrandece, de esas atenciones que los purifican, de ese delicado esmero que les da nuevos atractivos.

El que aborrece las comidas sobre el césped y los almuerzos mal servidos; el que esperimenta un placer cuando vé un mantel de damasco cuya blancura deslumbra, un cubierto de esmalte, porcelanas de pureza estremada, una mesa adornada de oro, rica en cincelados, alumbrada por diáfanas bujías, y en globos de plata, cubiertos de armas, los milagros de la mas esmerada cocina; para no desmentirse á sí mismo, debe dejar la boardilla en su elevada region y las manolas en sus inmundas calles; abandonar boardillas, manolas, velones, paraguas y demas prosaicos gustos; despues ha de considerar el amor como un principio que no se desarrolla en toda su estension y gracia sino encima de ricas alfombras, á la luz de ópalo de una lámpara de marmol, entre paredes cubiertas de seda delante de una chimenea dorada, en una habitacion resguardada del ruido de los vecinos, de la calle, de todo, por persianas, cristales y ondulantes cortinas. Es fuerza que haya allí espejos en que se dibujen y jueguen los bellos contornos, y que repitan hasta lo infinito la muger que quisiera uno múltiple y que el amor multiplica á menudo, y divanes muy bajos y almohadones y cogines; á mas una cama que, parecida á un secreto de muger, se adivine sin ser vista; en este cuarto alto de piso, pieles para los pies desnudos, bujías entre cristales en medio de muselinas con estudiados pliegues, para leer á todas las horas de la noche, y telas con que se hubiera contentado ANA DE AUSTRIA.

CLEMENTINA ha realizado este delicioso aparato, pero no es bastante esto. Cualquiera muger de gusto puede hacer otro tanto, apesar de que haya en el arreglo de estas cosas un sello de personalidad que da á tal adorno, á tal detalle un caracter

inimitable. En el dia reina mas que nunca el fanatismo de lo individual. Por eso las personas ricas empiezan á volverse mas esclusivas en sus gustos y en las prendas de su uso.

No ignora CLEMENTINA á lo que la compromete este aparato, y ha puesto en sus habitaciones todo en armonía con un lujo que sienta tan bien al amor. Por que la *pasion en la choza* es como el cuento del famélico á quien al principio tenia bastante con pan moreno y que vuelto luego gastrónomo, no tenia suficiente con cuantos ricos manjares se le presentaban.

Las mugeres, por lo general, al volver del baile, deseosas de acostarse y descansar, arrojan al rededor de sí sus trages, sus flores marchitas, ramos sin olor ni frescura; dejan sus zapatos de raso en un sillon, andan en flotantes coturnos, se despojan de sns peinetas, sueltan sus trenzas sin miramiento alguno. Poco les importa que vean sus maridos sus broches, sus dobles alfileres, los artificiales corchetes que sostenian el elegante edificio de su vestido y tocado. Entonces se acaban los misterios; todó cae delante del marido: afeite, arte, disimulo; el corsé, lleno muchas veces de precauciones, permanece allí si la doncella se olvida de llevarlo. Enfin las almohadillas cubiertas de tafetan engomado, los trapos embusteros, los cabellos vendidos por el peluquero, toda la muger postiza está allí esparcida. Entonces al amor de un marido que bosteza se presenta una muger de carne que bosteza tambien, que aparece en un desorden nada elegante, cubierta la cabeza con un gorro ajado, el de la víspera, el del dia siguiente.

Inspirada por un amor verdadero, porque el amor tiene como todos los seres el instinto de su conservacion, CLEMENTINA obra de distinto modo y encuentra en el constante progreso de su felicidad, la fuerza necesaria para cumplir con estos deberes minuciosos que jamas se deben descuidar, por que perpetuan el cariño. ¿Estos cuidados, estos deberes no tienen su origen en una dignidad personal que tan bien sienta? No se respeta ensí con esto al objeto amado? He aqui porqué CLEMENTINA ha prohibido á su marido la entrada en su cuarto de tocador; de allí sale, despues del baile, vestida para la noche misteriosamente adornada para las misteriosas fiestas de su corazon.

Cuando su marido la ve, ya está ella elegantemente envuelta en un elegante peinador, el cabello sencillamente torcido en gruesas trenzas sobre la cabeza, porque, no temiendo se le descompongan, no quita al amor ni la vista ni el tacto. CLEMENTINA entonces es una muger mas sencilla; mas bella que cuando va á los salones; una muger que se ha reanimado en el agua y que hace consistir todo su artificio en parecer mas blanca que sus muselinas, mas fresca que el mas fresco perfume, mas seductora que la mas habil cortesana, enfin siempre tierna, y sin embargo siempre amada.

Esta admirable inteligencia del oficio de muger fué el gran secreto de la emperatriz JOSEFINA para agradar á NAPOLEON, como lo habia sido antes de CESONIA para CAYO CALIGULA, de DIANA DE POITIERS para HENRIQUE II. Y si tanto produjo á mugeres que pasaban de siete ú ocho lustros, qué arma en las manos de mugeres jóvenes!

D. B.

Continúa la alegoría de KLOPSTOCK, *empezada en el número* 25.

El placer y la alegría estarian desterrados de la tierra si no le proporcionase la música, con sus cantos melodiosos y armoniosos, conciertos, que mueven al hombre menos sensible: su poder suaviza sus costumbres, desenvolviendo la sensibilidad de su alma. Si fuésemos mas modestas perjudicaríamos á nuestra causa; digamos pues que, por todos respetos, merecemos ser preferidas á nuestras rivales. Las flores, que con mano liberal sembramos entre las es-

pinas del camino de la vida, jamas se marchitan, y adornan todas las edades. Nosotras imitamos á la naturaleza mejor que nuestras rivales; nuestras producciones obran directamente en los sentidos, y con su auxilio ocupamos agradablemente la imaginacion y el corazon. La verdad da un nuevo encanto á nuestras imitaciones, al paso que las bellas letras hacen penosos esfuerzos para copiar debilmente la naturaleza, que trabajan para el corazon y la imaginacion, debiendo la vida de esta *completar el cuadro. Pero no nos estraviemos* en proposiciones filosóficas sobre el *mérito de esta preciosa ventaja que distingue* nuestras producciones. Basta que exista, y que todo el mundo la conozca; la estimacion que se nos concede, á lo menos es igual á la de que pueden gloriarse las bellas letras, y aun nosotras las escedemos muchas veces en el número y la importancia de los sufragios. Quizá se nos objetará que sentimos con menos fuerza que nuestras rivales, el valor de la gloria que sin duda nos anima en nuestros trabajos; pero, á su ejemplo, nos será permitido unirla con la utilidad; este es un nuevo motivo que escita la emulacion, y muchas veces nuestras obras maestras, aumentando nuestro nombre, acrecientan tambien nuestra fortuna.

La filosofia tomó la palabra, y dijo: nuestras rivales acaban de sostener su pretension con una viveza y altanería de que no habia de necesitar una buena causa, ventilada ante un juez como el nuestro. En general, no podrá menos de convenir que *encuentra en nosotros mas justicia* que la que hemos esperimentado de su parte. El *ingenio necesario para producir sus obras*, obra en un círculo mas estrecho, y quizá no tiene aquella elevacion que caracteriza al que nos anima. A lo menos nos parece que esta sola observacion podrá justificar el tono arrogante de su apología. Nosotras pensamos con mas nobleza, y lejos de desconocer su mérito, vamos á referir lo que tambien hubieran podido alegar á su favor.

La religion puede parecernos mucho mas augusta con el auxilio de las bellas artes, y sus verdades sublimes hechas sensibles, y para decirlo asi, en sus producciones obran con mas fuerza en el corazon de los hombres.

Los asuntos que escogen la escultura y la pintura en la historia sagrada para adornar los monumentos sagrados que levanta la arquitectura, escitan y mantienen la piedad. El grabado *no puede presentarse* en escena mas vasta; pero obrando en una *esfera mas estrecha, conseguirá mucho mas* efecto si sus representaciones unen la espresion á la verdad. Y la música ¡cuánto no puede arrebatar el alma en los templos, cuando despojada de los adornos superfluos habla al corazon con una melodía patética y sencilla, desplegando todos sus medios para celebrar dignamente al sublime objeto de sus cantos!

A pesar de esta justicia imparcial que hacemos gustosas á nuestra parte contraria, sin embargo creemos merecer la preferencia, para la que vamos á esponer nuestros títulos.

(Se concluirá.)

CRISTO, EL TEMPLO Y EL HOMBRE.

(Fragmentos.)

I.

Espíritu divino en cuerpo humano,
Revelador de un Dios que nadie ha visto,
Joya de Nazareth, sagrado Cristo,
Hombre y Dios á la vez;
Que, estendiendo tus brazos paternales
Sobre un mundo de crímenes y dolo,
Del hombre ves la penitencia solo
Y jamás la altivez;
Eres, ó Cristo, tú la inmensa imágen
En el mar del espacio desplegada,
La sombra que consuela y anonada
Al justo y pecador.
Son palmas en tu frente las espinas,
Y manto régio el mundanal sudario,
Que lo mismo brillaste en el Calvario
Que encima del Tabor —

Sobre la cruz del *Golgota* pendiente
No lágrimas sudor solo vertiste
Y de agenos pecados te doliste
Olvidado de tí!—
. . . . . .
. . . . . .
Señor, que donde nadie eterno moras,
Padre de todos, hijo de tí mismo,
Que á tí solo te admiras y te adoras,
Oyeme, padre, á mí—
Gusano entre los hombres de la tierra
Mi frente impura con dolor arrastro,
Y en vano busco de consuelo un astro
Que guie mi borfandad—
Todos rechazan corazon sin gozo,
Se mofan todos del llorar de niño;
Solo dejan, ó padre, mi cariño
A tu eterna bondad—
Glorias mentidas son mundanas glorias,
Licor que ayer era un licor de vida
Es hoy de muerte y fetidez bebida,
Será mañana hiel—
¿Por qué, Señor, la rosa se marchita?
¿Por qué entre flores el espino crece
Y breve la ilusion se desvanece
Aroma de un clavel?—

II.

Hay una hora sagrada
En que las luces del templo
Ondean su llama roja
Por entre nubes de incienso.
En que los mármoles blancos,
Los amarillos y negros,
De hombres, mugeres y niños,
Tienen por alfombra cuerpos.
En que el órgano sublime,
Con su celeste concierto,
Del religioso cristiano
Acompaña el pensamiento;
En que de pié, junto al ara,
El ministro del Eterno
Los corporales de encaje
Desdobla con gran misterio,
Y reluce en la casulla,
En el frontal y ornamentos,
Sobre tisú pedrería
De vario y vistoso juego

—

Entonces la vírgen canta,
Y el sacerdote perdona,
Y del rico la corona
Nadie del suelo levanta—
Que el del Gólgota y Tabor,
Del Gelboé y del Carmelo,
Solo distingue en el suelo
Abominacion y amor.
El coro con melodía
Prosigue el sagrado canto
Que en el altar el ministro
Con voz sublime ha empezado.
"Gloria á Dios en las alturas,
Al Dios que nos ha criado,
Paz en la tierra á los hombres,
Y vivamos como hermanos."—
¡Ay! qué es amarga ironía
Cantar tan sublime cántico
A los Caines que cercan
Cada dia el tabernáculo!
A ese pueblo que componen
Déspotas solo y esclavos,
Éstos ya muertos de hambre,
De oro los otros cansados!
La paz entonces que el rico
Tiene el corazon villano
Mas negro que sus carrozas,
Mas duro que sus palacios;
Cuando se arrastra el mendigo
Buscando pan y descanso,
Para sus hijos el pan,
Descanso para sus brazos—
Cuando es rico y poderoso
De monarcas el criado,
Y mendigo el labrador
Que siembra sus vastos campos—
Señor, ¿llegará algun dia
En que los hombres se amen,
Y hermanos en tí se llamen
Sin mundana hipocresia?
¿En que el poder sea solo
La inocencia y la virtud,
Y el solo pendon la cruz
Desde el uno al otro polo?
El mundo se arrastra impio
Tus templos á derribar,
Y á sus malditos cantares
Osa tu nombre mezclar.

Confunde en su loca furia
El rito y la caridad,
El pan y la santa hostia,
El ministro y el altar.
A remover las cenizas
De los cadaveres van;
Y si ante su cimitarra
El vulgo temblando vá,
Alzan la frente orgullosos
Al miedo llamando paz.
Los santos templos derriban
Unico sitio en la tierra
Donde una ley prosternados
Pobres y ricos veneran.
Donde de dia y de noche
Despide igual luz la cera,
Y donde los seres todos
En el no ser tristes piensan.
Donde se cantan las glorias
Del Dios de cielos y tierra;
Y por la paz de los hombres
Al sabio poder se ruega.
Donde el evangelio santo
Con sus verdades enseña,
Y el hombre dice que cree,
Y bendice su creencia.
Donde adora no substancia
Sino la divina esencia,
Y precia mas que la forma
Virtud que la forma encierra;
Donde se bendice á todos,
Ignorantes y profetas,
Pecadores y hombres justos,
Mugeres malas y buenas.
Y donde en suma se inclina
De los reyes la cabeza
Para besar los pies santos
De los pobres de la iglesia;
Santa humildad heredada
Del Nazareno en la tierra,
Que dejó á reyes lecciones
Que muchos reyes desprecian.
Es el templo la morada
De caridad y paciencia
Adonde llevan los tristes
La confesion de sus penas,
Donde recogen consuelos
Por las desgracias que llevan,
Y parten con sus hermanos
Santo pan con la patena.

De noche reina el misterio
En las bóvedas inmensas,
Las lámparas se dibujan
En las estátuas de piedra,
Los santos en los altares,
Las columnas en las huesas,
Los órganos en el coro,
Y el coro no se refleja.
Entonces si solitario
Su pensar santo alli lleva
Un pecador que á Dios teme
O un filósofo que piensa,
De sus pisadas el eco
Solo á sus oidos llega.
La noche del dia hermoso
Es la sublime tristeza,
La tristeza de la noche,
La iglesia de Dios desierta.

III.

Desde que el vivo sol de la creencia
Su luz no vierte en mi afligido seno,
A mi turbio reir, jamas sereno,
Es un insulto el sol.
Mi macilenta faz alumbra al mundo
Y del mundo ante mi tan solo dora
La lágrima de marmol del que llora,
Jamas la verde flor.
Mas gratas son por eso al pecho mio
Las olvidadas horas de la noche,
En que el manto de nubes rompe el broche
Que le cerró la luz.
Do quiera tienda entonces mis miradas,
A la cúpula, al cielo, á la espesura,
Solo encuentro, entre masas de negrura,
Funeraria quietud.
Simpático dolor me ofrece todo,
Y en la atmósfera cruza sacudido
Un lúgubre y metálico gemido,
Pompa de gran dolor.
La envidia muere que mi ser agita,
Y á mis ojos de huérfano se ofrece
La horfandad de la noche que se mece
Sin luz del creador.
Ay! que la noche y yo somos hermanos,
Ambos en las tinieblas nos mecemos,

Ambos las propias lágrimas bebemos
Sin que las seque el sol.
Su sol que fuera el astro de los dias,
Ojo de Dios, celoso de su esencia;
Mi sol que fuera el sol de la creencia,
Un suspiro de amor.
Ah! cuantas veces de mi paso incierto
Cubre la noche la profunda huella,
Y á la luz apagada de una estrella
Recorro la ciudad.
Los dichosos del mundo en tanto duermen
Y en magníficos bailes y festines,
O en el blando tisú de los cogines
Vierten su vanidad.
Yo solo entonces mi dolor recuerdo,
Y al templo santo con piedad camino,
Mansion hospitalaria al peregrino,
Al ciego santa luz.
Alli piensa el filósofo y adora,
Alli piensa el político y aprende,
Que el evangelio santo siempre enciende
Amor, ciencia y virtud.

o

Señor, tus templos derriban;
¿Adónde guiar mis pasos?
¡Qué soledad mas sagrada!...
¡Qué puerto mas abrigado!
En cada piedra del templo
Hay un letrero profano
Que con ruina amenaza
Al edificio sagrado.
Y si en el templo penetro,
Al sacerdote cristiano
Escucho el triste precepto
Que repite: "idos, hermanos."

J. DE S. Y Q.

CARLOS II EL HECHIZADO, *drama en 5 actos, por* DON ANTONIO GIL Y ZARATE.

Una de las cuestiones que, á mi juicio, estan todavia por resolver es si el escritor público que conoce su sacerdocio, está ó no en deber de seguir el impulso de sus creencias en abstracto, ó bien si debe someterse á las circunstancias del pueblo para que escribe. Nada en verdad ha sido mas decantado que la libertad del pensamiento, máxima ninguna tiene mas partidarios y justo es decir que no hay una sola que merezca tener mas. Pero sino esta libertad, la de decir, como todos los principios generales, necesita aplicacion y para dar esta necesario se hace profundo estudio y no mediana imparcialidad. El escritor sin duda alguna debe ser libre en su fé, libre en su pensar, pero la libertad de decir debe ofrecerle ciertas restricciones. La primera y principal, en nuestro pobre juicio, es el ciego respeto que debe tener á la alta mision que ejerce en la sociedad, mision que, por ser desconocida de los hombres que ejercen el poder material, no es menos noble y elevada, mision que derriba los tronos y destruye los imperios, ó crea dioses para los hombres y guia los hombres á los altares.

Estos principios nos han llevado insensiblemente á pensar que en los escandalosos tiempos que alcanzamos, cuando los lazos sociales se van de dia en dia aflojando mas, cuando la tendencia del siglo nos arrastra á la anarquia del pensamiento, anarquia que precede siempre á la ruina de los imperios, cuando el germen de la incredulidad y el escepticismo está haciendo tantos estragos, es preciso que el escritor público se revista de toda su dignidad para oponerse al torrente que lo va todo arrasando y que lejos de adular pasiones populares se alce tremendo como sacerdote de paz que es, á predicar una religion de fraternidad. Creiamos firmemente que los multiplicados esfuerzos de los escritores de todas clases, con sus obras drámaticas unos, con sus novelas otros, con sus artículos los demas; podrian sino bastar á atajar el mal, por lo menos evitarlo en gran parte y ser la roca contra que se estrellasen las olas de ese piélago de pasiones. Esperábamos para eso que los literatos de nombradia, los hombres de crédito que están en continuo comercio de ideas con el pueblo, seguirian el camino de la conveniencia pú-

blica y, sin menoscabar en nada su independencia, usasen de la libertad de escribir sin hacer daño á sus semejantes, sin halagar los caprichos de cada cual.

Por desgracia hemos visto que de algun tiempo á esta parte no se sigue en manera alguna este sistema en el teatro. El deseo de arrancar unos cuantos aplausos á una multitud que se goza tal vez mas en una palabra de escarnio dirigida á los objetos de su antipatia, que en una verdad sublime que contrarie sus inclinaciones, ha hecho á muchos escritores atropellar por todo y presentarnos obras que tienen tanto mas pernicioso influjo cuanto mayor es su mérito.

Que tan estraña y aun pueril vanidad haya cabido en corazones de hombres mezquinos, posible fuera y malo, pero indudablemente de poca trascendencia; mas que las mismas personas que un dia y otro claman por el restablecimiento del orden, por el respeto á las costumbres nacionales, quieran barrenar á tal punto la moralidad pública es maravilloso, sirviéndonos de la palabra mas suave que para espresar nuestra idea hemos hallado. Despues que por una continuacion de desventuras, hemos quedado reducidos á la duda en casi todo, vemos en el teatro levantarse un edificio á la impiedad, edificio de que son piedras muchos dramas modernos; en el teatro se está forjando una cadena de obras dramáticas que nos arrastrarán sin duda alguna á la ignorancia de la historia, á la mofa de los principios religiosos.

El señor don Antonio Gil y Zarate es sin duda ninguna de todos los literatos el que creiamos que menos se plegara á contribuir á semejante obra. Sus antecedentes literarios tan honoríficos, tan puros, la profundidad de sus conocimientos, la filosofia que se ha visto brillar en todas sus obras, hasta la suavidad de su trato y la pureza de sus costumbres, todo nos hacia creer de buena fé que el señor Gil seria uno de los que prestasen su fuerte vóz para clamar contra la corrupcion general, el que nos daria el ejemplo en el teatro como nos le ha dado en sus demas escritos. Desgraciadamente no ha sucedido así, y dificil nos fuera esplicar el sentimiento que tenemos al hablar en estos términos de persona á quien respetamos mucho por su saber, y á quien hasta creemos tener motivos personales de gratitud. Bien público es que las obras del señor Gil pertenecen á la escuela clásica; sabiamos que este distinguido escritor en su Carlos II habia adoptado la escuela romántica; pero creiamos que hubiera variado de creencia literaria con la misma dignidad que el autor de los Hijos de Eduardo.

El Carlos II nos parece la obra mas propiamente romántica de este siglo, pero pertenece, en su mayor parte, á esa escuela satánica que, segun nuestro pobre criterio, debe ser abandonada totalmente en este siglo en que *sobrado sabemos como se destruye y muy poco como se edifica.* El señor Gil ha querido presentarnos el poder clerical é inquisitorial en un siglo en que el rey daba pasmosas muestras de fanatismo. Para ello ha buscado ejemplos en la vida pública, sirviéndose del servilismo con que Carlos II obedecia los preceptos de la inquisicion; y ejemplos de la vida privada, valiéndose, faltando en esto á la historia, de fray Froilan Diaz, hombre, en el drama, de monstruosas costumbres é infernales entrañas, y en la historia, mucho mas fanático y menos depravado. Este hombre se rinde á un amor altamente impuro sin que su conciencia abogue una sola vez por su paz interior y su salvacion eterna; – Claudio Frollo es un hombre virtuoso, comparado con á este monstruo. –

El drama, cuyo argumento é incidentes fuera muy largo detallar, es una obra maestra; en sus detalles es admirable, y he aqui una de las razones porque nos hemos estendido en consideraciones filósoficas acerca del mal ejemplo que se da en

el teatro, sobre todo cuando este mal ejemplo es ofrecido por persona en quien tanto mérito reconocemos.

El público, menos severo que nosotros, aplaudió estrepitosamente este drama y llenó el teatro varias noches consecutivas.

El señor Romea ha ejecutado el papel de Carlos II con estraordinaria maestria ;- el aparato del segundo acto nos ha parecido pobre.

J. de S. y Q.

VARIEDADES.

Tenemos entendido que la semana proxima se pondrá en escena un drama nuevo original con el título de Clara de Bomberg; los triunfos alcanzados anteriormente en el teatro por el autor de esta obra, nos dan fundadas esperanzas de creer que esta ha de llamar justamente la atencion del público.—Así lo deseamos.

Ha visto ya la luz pública la novela de D. Francisco Martinez de la Rosa titulada Doña Isabel de Solis, reina de Granada. Hallase de venta en las librerias de Jordan y Sojo.

El Hablador que en su núm. 116 insulta al *no me olvides*, á los literatos franceses y españoles, y que nos honra llamándonos á unos y otros, buenos y malos, *animales*, usando de mas cortesania y menos desvergnenza que él, contestaremos con una sola frase, tomada del ilustre autor del *genio del cristianismo*.

"*Los mendigos sacan para vivir con sus llagas.*"

¿Qué nombre daremos á ese desconocido poder que hace al viagero precipitar el paso antes mucho que se manifieste la tempestad; que esparce un resplandor de belleza y vida sobre el moribundo algunos dias antes de su muerte; que mueve al sabio á alzar su lámpara nocturna en el momento en que todavia luce perfectamente; que es causa de que una madre tema la mirada profunda arrojada sobre su hijo por un hombre de sombrío aspecto?..... Todos cedemos á este influjo, en los pequeños como en los grandes sucesos de lo vida; y sin embargo ni lo hemos estudiado todavia ni le hemos puesto nombre; es mas que el presentimiento y menos que la vision.

El corazon es como esas especies de árboles que no dan su bálsamo para las heridas de los hombres sino cuando el hierro los ha herido á ellos mismos.

Las grandes penas acortan las horas, lo mismo que las grandes alegrias; todo lo que ocupa con demasiada intensidad el alma impide que se cuenten los instantes.

Hay poetas que sienten y poetas que espresan; los primeros son los mas felices.

Luis XIV el *llamado* gran rey de Francia, trataba á los artistas como á trabajadores; nuestro Felipe IV los miraba como amigos.

Editor *Jacinto de Salas y Quiroga.*

Este periódico sale todos los domingos; precio 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias. Suscríbese en Madrid en la redaccion calle de Jardines, num. 36 cuarto bajo, en la libreria de la Viuda de Cruz, frente á las Covachuelas, y en la de Miyar, calle del Principe; en las principales librerias del reino, y en todas las administraciones de correos.

Madrid. Imprenta y redaccion del No me Olvides, calle de Jardines, n. 36.